

El padre como hipótesis: los inicios de la simbolización¹

Raquel Tawil Klein²

Desde sus primeros escritos psicoanalíticos, Freud dio importancia a la cuestión del padre, recordemos que para él, la identificación primera y de mayor valencia era la identificación del padre de la prehistoria personal, “identificación directa e inmediata y más temprana que cualquier investidura de objeto” (Freud, 1923). Esto dio un giro dentro del cuerpo teórico psicoanalítico, con el advenimiento de nuevas teorías que privilegiaron la importancia de la diada madre-hijo, como es el caso, entre otras, de la teoría winnicottiana con la madre suficientemente buena, el proceso de separación e individuación de Mahler, o la teoría del apego a la madre de Bowlby, de tal manera que, después de la muerte de Freud, se vio un declinar del falo y la muerte del padre en la teoría psicopatológica (Richards, 1906).

No ha sido hasta los últimos años que se ha empezado a reconsiderar la figura paterna como elemento esencial en el desarrollo del infante, tanto en lo que se refiere a su rol como padre edípico, figura de identificación, así como del padre que fomenta la separación y que, como figura triádica mediadora, facilita las funciones de abstracción.

En este trabajo pretendo abordar la función del padre de la separación, en la construcción de la masculinidad, en su función como tercero que irrumpe dentro de la diada madre-hijo, y en su relevancia en la formación de las funciones triádicas, es decir, de la simbolización.

1 Trabajo presentado en el Evento Interregional de adultos “Vitalidad psíquica en la adultez. Destino o desafío”. Federación Psicoanalítica de América Latina FEPAL y Asociación Psicoanalítica Mexicana. Cd. de México septiembre 7 y 8 de 2018.

2 Psicoanalista didacta, APM. Doctora en Psicoterapia Psicoanalítica, UIC Universidad Intercontinental

El padre de la separación y la construcción de la masculinidad

Pareciera que desde la postulación freudiana sobre el monismo sexual todo hubiera estado dicho con respecto al desarrollo psicosexual del varón, como si la masculinidad fuera primaria y siguiera una trayectoria lineal, a diferencia de la niña, que tiene que cambiar de objeto y de zona erógena. Sin embargo, a partir de los estudios de género y de evidencias en el trabajo clínico, se observa que la masculinidad no es primaria, sino que va construyéndose a lo largo del desarrollo, influyendo en este proceso aspectos pulsionales, identificatorios y socioculturales.

El desarrollo de la masculinidad es un proceso complejo y prolongado. El niño, en su temprano vínculo con la madre, ocupa ante ésta una posición pasiva de profunda dependencia, y debe hacer un esfuerzo extraordinario para liberarse de las identificaciones femeninas que lo llevan a la protofeminidad (Stoller, 1968) y masculinizarse; para que esto suceda es necesario que ingrese a la diada el padre como ese tercero distinto a liberarlo de la atadura materna.

Mientras más duradera y gratificante es la relación simbiótica con la madre, más aumenta la posibilidad de que se infiltre la feminidad en el núcleo de la identidad de género (Stoller, 1968) y por lo mismo se hace más necesaria la presencia del padre de la separación para terciar en esta dinámica. De hecho puede pensarse que las conductas perversas pueden ser consideradas modalidades defensivas preedípicas vinculadas con una perturbación en la relación madre-hijo, en particular la angustia de separación (Mancia, 1994).

El niño debe desidentificarse de la madre para acceder a la masculinidad al través de repudiar las identificaciones femeninas y de escindir los aspectos de la personalidad que están relacionados con la dependencia infantil y los deseos pasivos (Greenson, 1968).

De aquí, podemos decir que la masculinidad se construye en la diferenciación con lo femenino, es defensiva. El niño tiene que rehuir al deseo regresivo de unirse a la madre, quien lo reengolfaría, y formar un escudo protector contra la identificación con lo femenino que se manifiesta como temor a la anatomía femenina, temor a entrar al cuerpo de la mujer, envidia hacia la mujer, burla acerca de ella y miedo a poseer atributos femeninos. O sea que “el ser hombre es no ser una mujer” (Tawil, 2009) y

ya que la masculinidad se gesta a partir de la desidentificación con la madre, en todo esto los movimientos identificatorios con la figura masculina cobran relevancia.

Chodorow (2003) plantea que en el camino del niño hacia la construcción de su masculinidad, tiene que aprender a manejar dos dinámicas esenciales:

La dicotomía madre-niño. Es decir, la vivencia, por parte del varón, de la masculinidad como no feminidad. Y la dicotomía hombre adulto-niño, que se refiere a la fantasía que tiene el varón de ser masculino porque se es un hombre, y no un niño pequeño, humillado, avergonzado y vencido por otro hombre.

En relación a la dicotomía madre-niño, y debido a las vicisitudes en el desarrollo evolutivo del varón en relación al intenso vínculo primario con su objeto de amor, éste tiene la necesidad de proteger su masculinidad contra las amenazas de la feminización con todos los temores que esto conlleva en cuanto a pérdida del *self* y de la individualidad.

En cuanto a la masculinidad como siendo adulto y no pequeño, implica fantasías relacionadas con derrota y subordinación. En este sentido la autora (Chodorow, 2003) afirma que el narcisismo individual tiene que ver con la relación hombre-hombre que se desprende de la ligazón padre-hijo inicial, y que se finca en los primeros años de la infancia cuando se da un vínculo con el padre en los procesos de identificación masculina. Aquí, el niño puede sentirse humillado en su condición de niño en el camino de convertirse en un hombre.

Silvia Bleichmar (1992) nos habla de la paradójica situación del varón en la construcción de su masculinidad, refiere que hay una profunda contradicción entre el tener que introyectar simbólicamente el pene paterno, al mismo tiempo que debe rechazarse el deseo homosexual que esta introyección identificatoria reactiva. Desde aquí, las fantasías homosexuales de los varones podrían verse desde otra óptica al mismo tiempo que nos lleva a considerar que la presencia masculina del tercero es esencial para el desarrollo psicosexual ya que sin esta introyección simbólica del poder fálico del hombre-padre, el desarrollo psicosexual del varón se vería descompensado. Wisdom (1976) también señala la importante función de la introyección simbólica del pene, y en este sentido, Loewald (citado por Target, 2002) hace hincapié en la identificación “exquisitamente masculina” con el padre, que provee al niño de un soporte contra el “peligro de la matriz”.

El padre de la separación. El rol del tercero.

La madre tiene un rol importante en “crear” al padre, ya que el infante además de percibirlo por él mismo, también lo hace al través de la mirada de ésta. La internalización que el niño hace de la figura del padre está influida por las expectativas y fantasías tanto conscientes como inconscientes que la madre tiene acerca de éste. La madre, con sus objetos internos y la representación psíquica que tiene del padre, influye en la diada madre-hijo. Incluso el reverie materno –su capacidad para metabolizar las ansiedades de su hijo- estará influido por el padre y sus afectos (Mancia, 1994).

Algunos autores como Winnicott (1999) consideran que el rol del padre de la infancia es el de apoyar a la madre en su estado de preocupación primaria, para ayudarle a proveer un ambiente de holding en el desarrollo del hijo, es decir, su relación con el niño es indirecta, de hecho, el padre es un desconocido para él. Actualmente hay cada vez más teorizaciones que colocan al padre como figura de apego alternativo (Glasser; Tyson citados por Etchegoyen, 2002). Ese “otro” que contribuye al desarrollo del niño a través de ser el puente que lo conecta desde el cuerpo de la madre hacia el mundo social, además de que lo protege de los temores al reengolfamiento producto de la voracidad materna. (Target, 2002; Johns, 2002).

El infante tiene que pasar por la vivencia de experimentar “ese otro” para conformar una mayor conciencia sobre su propia identidad. El rol de la triangulación, es decir, la adición de la representación del padre a la representación madre-hijo, es creadora de una distancia psíquica y lleva al niño a alcanzar un espacio mental diferente y separado.

Por otro lado, la construcción de una representación del padre como constructo intrapsíquico, es decir, la representación de un padre interno, aún en ausencia del mismo, es fundamental en el desarrollo del infante. Autores como Chasseguet-Smirgel (1986) y Aisenstein (2009) consideran que la ausencia de este padre interno es observado en ciertas patologías psicóticas y en trastornos como las perversiones sexuales, en que el perverso anula al padre en su deseo y creencia de ser el objeto sexual de la madre y niega la diferencia entre generaciones.

Green (2009) en el libro *The Dead Father*, aborda la cuestión de la terceridad y la privilegia sobre la relación diádica como forma primaria de relación, enfatizando la importancia del padre como un tercero en la estructuración del psiquismo. Considera el Complejo de Edipo como un “triángulo abierto con un tercero sustituable” (Urribarri, 2009) matriz

tríadica de significado y simbolización. Este tercero parece estar presente desde el principio, tanto en la mente de la madre como en la del niño como imagen paterna, es el “otro” distante y observando.

La entrada del tercero es tanto traumática como organizadora. Este proceso se acompaña de sentimientos ambivalentes en que prevalece un abierto rechazo hacia la intrusión del ajeno a la diada, unido al deseo de conservar la relación fusionante con la madre. La hostilidad, puede entenderse porque es el equivalente del temprano asesinato del padre.

De acuerdo a Lebovici (1982) junto con las fantasías diádicas de una madre omnipotente, la proyección de la rabia del niño, acentúa la vivencia de la madre como aún más peligrosa, mientras que el deseo de cercanía con ella genera una amenaza de indiferenciación regresiva.

El que el niño pueda percibir al padre como una entidad separada facilita que se abra un nuevo espacio en su mente que le permita imaginarse a si mismo también como separado.

El sentimiento de separación es muy angustiante porque se experimenta como una pérdida. Si el niño tolera la angustia amenazante de la separación logra diferenciarse, pero si finalmente no puede dar entrada al tercero, quedará atrapado al deseo materno. De aquí entonces, no podrá poseer sus propios pensamientos y fantasías ya que estos tan sólo serán un reflejo de lo que él supone que la madre siente o piensa (Green 2009). Se sentirá poseído por ésta, y a través de mecanismos de identificación proyectiva, hablará a través de la voz de esta madre interna omnipotente que es como una forma de introyecto materno.

Tampoco podrá sentir su cuerpo como propio más bien sentirá que tiene que estar transformando su identidad y tomando la de otros sin nunca poder sentirse dueño de sí (Green, 2009).

Para que el padre ingrese a la diada, es necesario que la madre esté dispuesta a ver peligrar la relación fusionante con el hijo. “El deseo de la madre no incluye al padre con un deseo propio, no hay un padre cuyo deseo pudiera echar de lado a la madre” (Kohon, citado por Green, 2009).

Lo que puede ayudar al niño a pasar por este angustioso proceso es que el padre se brinde como objeto compensatorio de la pérdida de la madre y tolere las manifestaciones de hostilidad y rechazo que se le dirigen. El niño, finalmente acepta su intromisión porque lo percibe como otro que puede amar y ser amado.

Green (2009) elabora las funciones tríadicas a partir de la representación del padre como ausencia, lo que es “el padre muerto”. Concepto vago y

oscuro de la teoría greeniana, el padre muerto no es un objeto fantaseado sino un objeto muerto que se mantiene artificialmente vivo durante la etapa infantil. (Urribarri, 2009).

Hay como una reproducción en dos tiempos en un juego de temporalidades en que la muerte del padre originario se actualiza. El pasado está aún vivo, está presente en nosotros mismos pero inconsciente, de ahí el padre muerto.

De acuerdo a Freud, en un desarrollo sano el padre tiene que ser eliminado por el hijo para resolver el complejo edípico y poder estructurar un superyó. En la teoría de Green la imagen del padre también debe darse a la muerte para que el desarrollo normal tenga lugar. Los franceses también consideran que se requiere la transición desde el padre externo real a la muerte internalizada de éste para acceder a la salud psíquica. La muerte del padre no se observa en patologías no neuróticas (Meyers, 2009).

Green (2009) refiere que la internalización de la figura del padre muerto es organizativa, es un proceso necesario para tener un desarrollo normal. Cuando esta internalización no puede darse, encontramos casos psicopatológicos como por ejemplo las patologías fronterizas y las perversiones sexuales. A veces esta internalización no tuvo lugar porque el padre simplemente no estuvo ahí, es como si nunca se hubiera integrado al mundo interno del niño y estuviera fuera de su self. Aquí no se dio “la muerte del padre”, sólo puede hablarse de un padre perdido.

Al igual que en casos en que el niño transita desde el Edipo negativo a estados regresivos con fijaciones psicóticas. En este caso, la madre usa al niño para expresar el odio al padre, y el niño hace suyo el discurso materno; hijo sometido a los designios de una madre que impide el acceso al padre y asume las funciones de éste. En este caso se establece entre ellos una relación con tintes perversos ya que las investiduras libidinales que debieran dirigirse al padre, son dirigidas al niño. Aquí no hubo internalización del padre muerto, esta es otra figura del padre perdido. (Green, 2009).

Esto es muy evidente en lo que yo he llamado Familias Fronterizas. En este caso, que muchas de las veces se hace evidente con el divorcio de los padres, aunque no siempre, uno de los cónyuges, generalmente la madre que posee un trastorno narcisista, envuelve a los hijos por medio de identificaciones proyectivas, en una dinámica de tipo fronterizo en donde provoca una escisión, colocándose ella en el papel de objeto bueno idealizado –lo que satisface su narcisismo- y colocando al padre, ya sea presente, o muchas veces ausente por decreto materno, como el objeto malo

persecutor. Surgen reacciones paranoides en los miembros de estas familias fronterizas, con gran distorsión del padre, objeto malo y repudiado, a causa de las proyecciones patológicas y de los juegos de lealtades a los que la madre los enfrenta. Esto agudiza todavía más la escisión generada por el alto monto de patología materna.

El tercero y el proceso simbólico

El acto de simbolizar implica poder representar un objeto cuando no está presente. Es como sustituir un objeto por otro.

En este sentido Winnicott (1999) refiere que la simbolización ayuda en la construcción de la capacidad para fantasear y puede abrir un espacio psíquico.

De acuerdo a Freud, el paso que el niño da de la madre al padre, implica un cambio desde la sensualidad a la intelectualidad, “ya que la maternidad se comprueba con los sentidos mientras que la paternidad es una hipótesis”. Aquí lo que invita Freud a pensar es que el acceso al padre brinda la posibilidad al pensamiento simbólico. El reprimir el acto instintivo y abrir la posibilidad a operaciones intelectuales, abre la puerta al pensamiento y así el niño, al designar al padre, forma una representación abstracta.

La presencia del tercero es necesaria para crear un espacio para la simbolización. El que el niño pueda reconocer dentro de su universo mental la existencia de otro, abre la posibilidad para percibir el mundo de manera distinta, con sus diferencias de género y generaciones, evitando así quedar atrapado en estados patológicos.

El padre en sus diferentes facetas, celoso, violento, padre primordial, padre de la ambivalencia, padre que sabe mostrar ternura, padre que ama, padre al fin, continuará siendo esencialmente importante en el desarrollo emocional del hijo y en la estructuración de su psiquismo. El drama triangular permanecerá y continuará marcando sus relaciones con conflictos y ambivalencia, ya que es una verdad ineludible que finalmente el padre posee aquello que el niño requiere para sobrevivir: la madre.

Resumen

En este trabajo se aborda el tema de la importancia del padre en la estructuración del psiquismo del niño. Si bien es cierto que Freud dio importancia a la función paterna en dicho desarrollo, las teorías

psicoanalíticas que le sucedieron dejaron de dar importancia al padre, hasta que recientemente ha habido una revaloración de su importante función. En este trabajo se habla del rol del padre en la estructuración de la masculinidad, se toma en consideración el complejo proceso que el niño tiene que vivir en el logro de su masculinidad, las defensas que erige contra la feminización y la importancia de la desidentificación con la madre. También se aborda el rol del padre de la separación, haciendo hincapié en su importante función como segundo partero que entra a romper la simbiosis madre-hijo, es decir el rol del tercero, haciendo alusión a lo que plantean autores como Winnicott, Target y principalmente André Green, con su concepto del “Padre Muerto”. Finalmente se habla del padre que a través de su función terciaria, hace posible las funciones de simbolización en el niño.

Palabras clave: Función paterna, rol del padre, masculinidad, Padre muerto.

Summary

In this paper I board the question about the father’s importance in the infant psychic development. Freud gave importance to the paternal function in this development, but following psychoanalytical theorist did not. Is in the last years that has been a reconsideration about his crucial function. In this paper I talk about the father’s role in the construction of masculinity, taking in consideration the complex process that the boy has to live to get it, the defenses that he build to protect himself from feminization, and the great importance of the desidentification from the mother. I also board the theme of the “father of separation” role, and its function as the third who help the child to separate from his mother, with emphasis on what some authors outline, like Winnicott, Target and mainly Andre Green with his concept of “Dead Father”

Finally, I board the father’s role, like the third person, that makes possible the symbolization functions in the boy.

Keywords: Paternal function, father’s role, masculinity, Dead father.

Bibliografía

- AISENSTEIN, M. (2009). The death or the death father? En: En: Kalinich, L.; Taylor, S. *The Dead father*. New York:Routledge.
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1986) Frome the archaic matrix of the

- Oedipus complex to the fully developed Oedipus Complex, En: *Sexuality and mind*. New York:University Press.
- CHODOROW, N. (2003). En *Violence or dialogue? Psychoanalytic insights on terror and terrorism*. London:IPA
- FREUD, S. (1923). El yo y el ello. *Obras Completas*. Tomo XIX. Buenos Aires:Amorrortu.
- BLEICHMAR, S. (1992) Paradojas de la constitución sexual masculina. *Revista de la Asociación Escuela de Psicoterapia para graduados*. Buenos Aires. No. 18.
- ETCHEGOYEN, a. (2002). Pdychoanalytic ideas about Freud. En. En: Trowel, J; Etchegoyen, A. *The importance of Fathers*. New York:Routledge 2002.
- GREEN, A. (2009). The construction of the lost father. En: Kalinich, L; Taylor, S. *The Dead father*. New York:Routledge.
- GREENSON, R. (1968). Dis-Identifying from mother: Its special importance for the boy. *Int. J. Psycho-Anal.* 49:370-374.
- LEBOVICI, S. (1982). The origins and development of the Oedipus complex. *International Journal of Psycho-Analysis.*, 63, 201-215.
- JOHNS, M. (2002). Identification and des-identification in the development of sexual identity. En: Trowel, J; Etchegoyen, A.. *The importance of Fathers*. New York:Routledge 2002
- MANCIA, M. (1994). El padre ausente: su papel en las desviaciones sexuales y en la transferencia. *APdeBA* Vol. 16. No. 2.
- MEYERS, H. (2009). Epilogue En: Kalinich, L; Taylor, S. *The Dead father*. New York:Routledge.
- STOLLER, R. (1968). *Sex and gender*. Nueva York:Jason Aronson Inc.
- RICHARDS, A. (1906) The father in theory. En: En: Kalinich, L; Taylor, S. *The Dead father*. New York:Routledge.
- TARGET, M; Fonagy, P. (2002). Fathers in modern psychoanalysis and in society:the role of the father and child development. En: Trowel, J; Etchegoyen, A. *The importance of Fathers*. New York:Routledge 2002.
- TAWIL, R. (2009). ¿Hay un vinculo entre masculinidad y terrorismo? En Tawil-Klein *Masculinidad. Una mirada desde el psicoanálisis*. México:Universum.
- URRIBARRI, F. (2009). Faterhood revisited: the dead father, fraternal pact analytic filiation in the work of André Green. En: *The Dead Father*. New York:Routledge.
- WINNICOTT, R. (1999). *Escritos de pediatria y psicoanálisis*.

Barcelona:Paidós.

WINNICOTT, R., (1999). *Realidad y juego*. Barcelona:Gedisa.

WISDOM, J.O. (1976). The role of the father in the mind of parents, in psychoanalytic theory and in the life of the infant. *International Review of Psycho-Analysis*, 3,231-239.